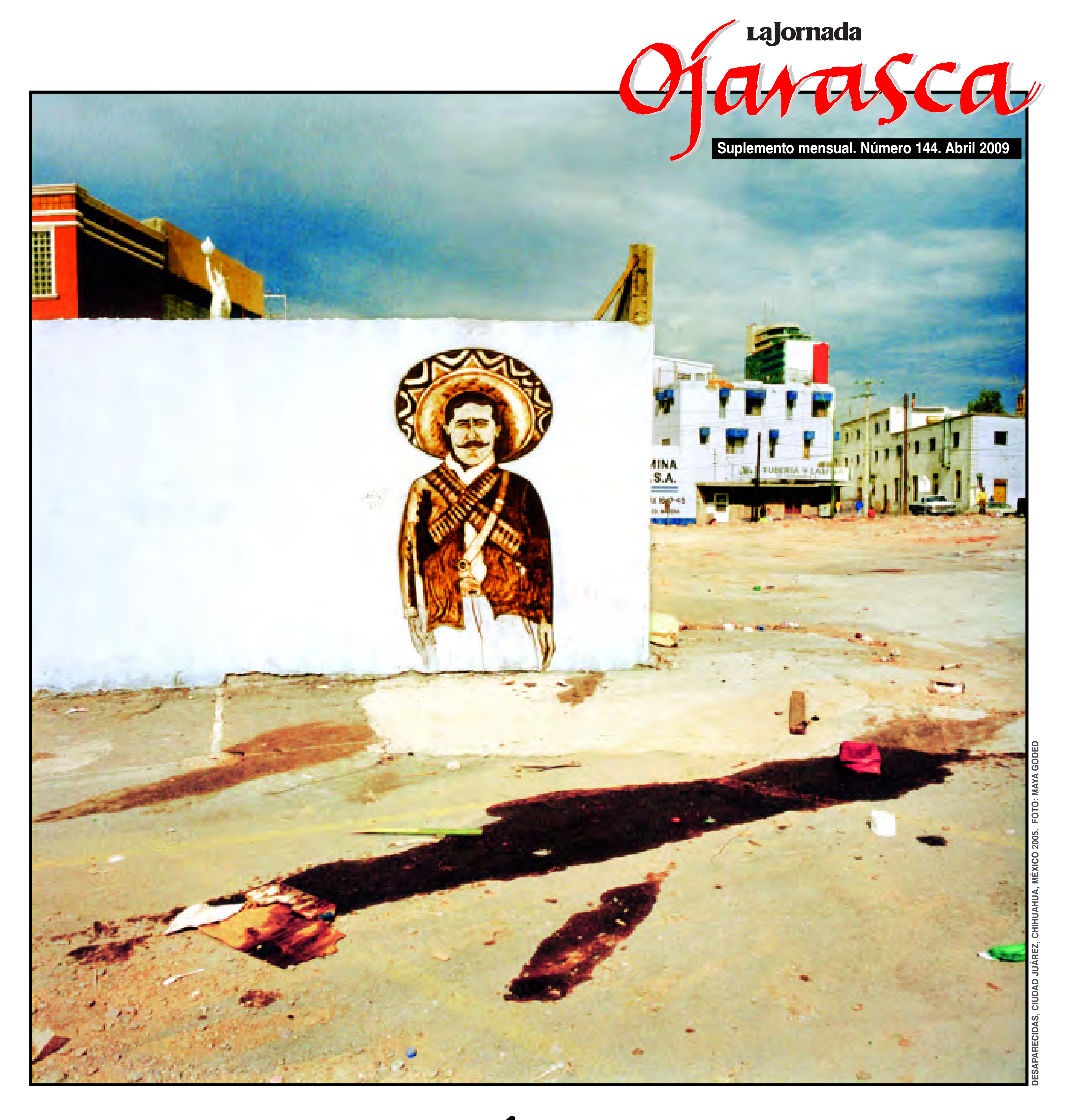
La Jornada
Ojarasca
Suplemento mensual. Número 144. Abril 2009



DESAPARECIDAS, CIUDAD JUÁREZ, CHIHUAHUA, MÉXICO 2005. FOTO: MAYA GODED

# LA NARRACIÓN EN VERDAD

***Te ts'iwej winik (El cazador)*:** Josías López Gómez

**"No vamos a dejar que un mundo loco nos devore":** Faustino Hernández Ramírez, con Alfredo Zepeda

**El que pone las cosas en alto**, un retrato mexicano en versión de Miguel León Portilla

Los desamparados que acamparon en Sacramento, California
¿Rascacielos en el horizonte agrícola?
"La marcha de los zapotecas" según los gringos del grupo Beirut
*La tinta negra y roja,* gran antología de poesía náhuatl

Además: Suljaa' no se raja
Fotografía latinoamericana de la colección Anna Gamazo de Abelló

**Voz de gente. Contando. ¿Qué? Testimonios de sueños, memorias del futuro más antiguo, palabras venidas de la oscuridad de los tiempos para ser pronunciadas mañana** por la mañana sobre los surcos de una milpa. El poder de la duración indígena en México a través de los siglos, las eras, los sexenios, los días, reside en su palabra.

Lo han sostenido siempre. Que la palabra es sagrada, verdadera. Pero los dueños de la razón no les creen. Cómo van a creerles a pueblos que hace una generación seguían ágrafos en sus lenguas y mayoritariamente analfabetas en la nacional. Se les catalogaba como "atrasados". Para el tortuoso pensamiento de la sociedad dominante y su clase política, la palabra dicha "no prueba nada", y hasta sacan abogados para demostrarlo. Suya es la cultura política que promete, contradice, miente voz en cuello, traiciona y hasta se traiciona en sus leyes, sus discursos, sus acuerdos. Sin rubor alguno.

El hilo de la palabra de los pueblos originarios de México no se ha roto nunca. Y ya que es posible leerla en sus propias manos, de entre los tal vez centenares de autores en lenguas indígenas actualmente activos, uno encuentra en ellos una verdad esencial siempre a flor que resulta más verosímil, más respetable que las de tanto anuncio comercial, tantos discursos, tanto monólogo de intelectuales.

Que la vida humana es pasajera, un momento sólo aquí en la Tierra, es conocimiento que ha movido la sabiduría y las narraciones de los antiguos mexicanos con un sentido diferente a los apocalipsis cristianos que les sobrepusieron sus descubridores. Para aquellos pueblos el mundo terminaba constantemente. Y del mismo modo volvía a comenzar. Sus civilizaciones agrícolas, desde el origen nómada hasta el esplendor urbano de sus periodos clásicos, vivían los ciclos de la naturaleza, y desarrollaron formas eficaces de conservar la memoria, transmitirla de uno a otro de los recomienzos.

Sus herederos directos, los actuales pueblos de México, siguen siendo esencialmente agrícolas, y su existencia cotidiana se mantiene impregnada de ese humanismo campesino que la resistencia y el infortunio secular han fortalecido y vuelto sabio, campeón del nunca morir del todo.

Y siempre narran. Desde el origen de los tiempos, los pueblos se fueron transmitiendo la palabra en un hilo no roto ni siquiera después de la catástrofe civilizatoria desatada por Hernán Cortés y los 500 años que la han seguido.

Nunca en silencio, se escuchan sin cesar a sí mismos, por eso conservan sus lenguas. Y sobrevivir es su obra maestra. Platicar con el mundo. Platicar un mundo donde la creación no ha terminado, ni tiene para cuándo.




# Suljaa' no se raja

Ante el clima de violencia institucional extrema que se vive en Guerrero, la radio comunitaria *Ñomndaa,* el Colectivo en Rebeldía Suljaa' y los comités de base de diversas comunidades convocan "al pueblo y las organizaciones a que estemos unidos y organizados para defendernos, pero sobre todo para que desde ahora construyamos desde abajo la sociedad que todos deseamos".

Las organizaciones de Guerrero denuncian en un comunicado que han podido sobrevivir "en las difíciles condiciones de marginación, desprecio, explotación, represión y persecución de parte de los gobiernos municipal priísta, estatal perredista, federal panista y en general del sistema capitalista", que se oponen al "pueblo que se organiza para defender y hacer uso de sus derechos legítimos".

En este sentido, advierten que no permitirán que las autoridades tradicionales del municipio de Xochistlahuaca "que han tomado otro rumbo", entreguen el edificio del ayuntamiento que desde el 16 de marzo del 2001 fue tomado por opositores al gobierno de Aceadeth Rocha Ramírez que "ostenta el poder político y económico" de la región.

Por ser organizaciones independientes de los partidos políticos, explican, les han tratado de obstruir los trabajos que realizan desde 2003 en W'aa Libro Suljaa' (biblioteca comunitaria de Xochistlahuaca), además de atacar y descalificar las transmisiones de radio *Ñomndaa, La Palabra del Agua*.

"Nosotros somos organización indígena, somos parte del Congreso Nacional Indígena (CNI), somos gente de abajo, de izquierda, anticapitalistas, firmamos la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, somos parte de la Otra Campaña, y buscamos transformar de raíz este sistema capitalista que está produciendo tantas desigualdades, injusticias y pobrezas...", señalan los colectivos de Sulhaa', al tiempo que reafirman su exigencia "de justicia para los asesinados, golpeados y perseguidos del municipio de Xochistlahuaca durante el gobierno caciquil de los últimos 10 años".

En concreto, radio *Ñomndaa* y el Colectivo en Rebeldía Suljaa', exigen "esclarecimiento y justicia para el compañero antropólogo Miguel Ángel Gutiérrez Ávila, asesinado cruelmente a finales de julio de año 2008; justicia para nuestros hermanos *na savi* Raúl Lucas Lucía y Manuel Ponce Rosas, de la Organización para el Futuro del Pueblo Mixteco, asesinados cruelmente el mes de febrero de este 2009; libertad inmediata para nuestro hermano *me'phaa* Raúl Hernández Abundio, de la Organización del Pueblo Indígena Me'phaa, preso injustamente en la cárcel de Ayutla desde abril del 2008; respeto, garantía y seguridad al trabajo y a las compañeras y compañeros que conforman el Centro de Derechos Humanos de la Montaña Tlachinollan; libertad inmediata para nuestros hermanos del Frente de Pueblos por la Defensa de la Tierra de San Salvador Atenco y para todas y todos los presos políticos y de conciencia".

**Ojarasca**

Los retratos de este número provienen de *Fotografía Latinoamericana* [1895 a 2008], Colección de Anna Gamazo de Abelló, Editorial RM, 2008


***La Jornada***

*Directora General:* Carmen Lira Saade
*Publicidad:* Marco Hinojosa.

***Ojarasca en La Jornada***
*Dirección:* Hermann Bellinghausen
*Coordinación editorial:* Ramón Vera Herrera
*Edición:* Gloria Muñoz Ramírez y Eugenio Bermejillo • *Fotografía y Diseño:* Yuriria Pantoja Millán • *Caligrafía:* Carolina de la Peña • *Retoque fotográfico:* Alejandro Pavón • *Asesoría técnica:* Francisco del Toro

***Ojarasca en La Jornada*** es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, CP. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. • El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en *Ojarasca,* siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados. Impreso en Imprenta de Medios, SA de CV. Av. Cuitláhuac 3353, Col. Ampliación Cosmopolita, México, DF.




*Otelo en las montañas de Chiapas, este relato perplejo y perverso ("Te ts'iwej winik") confirma la maestría de su autor, ya conocido por nuestros lectores. Las dimensiones del pensamiento mágico, el empírico y el filosófico de los tzeltales originarios son aquí literatura conciente y deliberada. La historia de este cazador forma parte de la nueva edición de* Todo cambió, *en la serie Espejo de Urania de los Libros del Rincón, que la Secretaría de Educación Pública distribuye, se supone, en las escuelas de todo el país.*

# El cazador

**Josías López Gómez**

IR al bosque es mi sustento, mi gusto, mi distracción. Llevo mi cuchillo, dispuesto a clavarlo a la primera presa que se ponga a mi alcance. Mi perro Maelchan huele el orín del animal; ladra, agarro mi escopeta, lo sigo. Soy cazador, cuento con el respeto de todos, pero sin autoridad ni privilegio, sólo cumplo mi deber.

Una enorme luna llena, amarilla y radiante, surgió en la punta del cerro Ijk'al Ajaw, comencé mi faena. Con mi incienso de copal invoqué al espíritu de los que iniciaron la cacería, pedí la ayuda de los antepasados, agradecí al animal por entregarse a la muerte, porque la caza es sagrada, no una matanza; después bajé por el sendero a la comarca de venados, un creciente murmullo de zancudos vibró en mis oídos. A medio camino silbó el pájaro maligno, el mensajero de la muerte, no se dice su nombre, viene de la morada del dolor, de la oscuridad. No me importó, avancé; más adelante pasó volando muy bajo, me detuve, silbó dos veces, señal de mal augurio. Pensé en mi mujer Xpet Konsal, sola, le podía pasar algo; tuve motivo para preocuparme. Pero la presa me hizo seguir.

Fui leyendo el paso del animal en cada rama rota, en cada hoja aplastada. Sé perfectamente cuándo la huella corresponde a un día o a una semana; si es de venado, de tepezcuintle o de comadreja. Puse el oído sobre la tierra, escuché las pisadas del venado. Mi perro corrió tras él, lo seguí. Una vez comenzado el ritual de la caza, no hay tiempo para perder. Yo y la presa sabemos que esa danza sólo termina con la muerte. En el momento culminante de la caza, la madre tierra contiene su respiración, el bosque calla, los ríos se silencian, el aire se detiene. Sólo el corazón del cazador y el del animal palpitan al mismo tiempo.

Pero ahora fallé, mi perro perdió el rastro. Me enojé, conozco el valor de mi tiempo, no lo desperdicio, no estoy acostumbrado a perder mi presa, ha sido mi vida. Le di un culatazo al Maelchan, aulló de dolor, se metió entre los matorrales. Me senté sobre las hojas secas, guardé silencio con la cabeza gacha, mi perro vino a lamer mis pies, movía la cola, me veía con tristeza.

Enojado y dolido me puse en camino. Me acerqué silenciosamente a mi casa, seguro que mi esposa dormiría profundamente, el fuego apagado. Escuché un quejido suave, me sorprendió. Mi mujer no estaba sola en mi cama.

–Espera, espera, quiero orinar —dijo su acompañante.

–No salgas, hay un agujero en la esquina, ahí orina mi esposo.

Se levantó, vino directo donde dijeron. Me moví con cuidado a la luz de la luna, su verga dura y gruesa soltó un chorro de orina, me dio coraje, la agarré fuertemente. Saqué mi cuchillo, se la corté de un sólo tajo.

Gritó aterradoramente.

–Hijo de diablo —creí decir. Y aún escuché a mi mujer preguntar:

–¿Qué te pasó?

No supe más, lleno de coraje, volví al bosque. Vagué entre los árboles, sin saber a dónde me dirigía, las afiladas espinas de algunas plantas no pude evitarlas, la luz de la luna se filtraba entre las copas de los árboles. Angustiado, junté leña, hice lumbre, pero me sentía adolorido, con ganas de gritar. Muchas cosas me vinieron a la mente. Pensé destruir mi casa para no dejar ningún rastro, cambiar mi nombre si era posible, irme a otro lugar donde nadie me encontraría.

Sentado junto a la lumbre varias ratas pasaron cerca de mis pies, eran veloces, se metían debajo de las piedras. Al rato el Maelchan levantó las orejas, siguió a un venado, cansándolo hasta debilitarlo por completo, pero no se resignó tan luego a morir. Comenzó el acto final, mi cuchillo se clavó en su pescuezo, luchó con sus últimas fuerzas, poco a poco quedó quieto con los ojos fijos. Celebré con el cuchillo en alto.

Despellejé y asé parte del venado, comí un pedazo, y un trozo para mi perro por su esfuerzo. Completé la comida con agua de un pequeño manantial. Llegó el frío del amanecer. La luna continuó su paseo por el firmamento. Más tarde desaparecieron las estrellas, el cielo comenzó a aclarar con un suave resplandor. El zumbido de los zancudos disminuyó poco a poco. Salí del bosque, conozco el sendero de memoria, soy producto de esta montaña; no sólo me provee lo que necesito, cada árbol de encino, de roble, de ocote, de laurel, de liquidámbar, habla conmigo, sabe que soy habitante de este lugar. Su valor no se compara con nada.

–Ya vine, levántate a hacer las tortillas. Mira qué carne traje —le dije a mi mujer al momento de bajar mi carga.

Bajó de la cama, aparentemente contenta. Se puso en acción. Encendió el fogón, lavó y molió el nixtamal, le puso cal al comal, comenzó a hacer tortillas. Traje leña para avivar el fuego. Agarré la primera tortilla calientita, se la di con un pedazo de carne.

–Aquí está tu parte, es todo tuyo.

Agarró con emoción el alimento, quiso compartir conmigo, estaba acostumbrada a que comiéramos juntos.

–No, estoy lleno —le dije, sobando mi barriga.

La vi tragar el primer bocado.

–¿Está sabroso? —le pregunté.

–Sí, sólo está salada —contestó.

Siguió comiendo, hasta que acabó. Se limpió la boca con la palma de la mano, satisfecha por el bocado.

–Tengo sed, quiero agua, asaste la carne gorda —dijo luego de un breve silencio.

Agarró una jícara con agua, la bebió, pero no calmó su sed, siguió bebiendo hasta que no pudo echar agua en su jícara.

–No se me quita la sed, por favor pásame otra jícara con agua —dijo con lentitud, con la barriga ensanchada. Suspiró.

Me apresuré a cumplir sus deseos.

–¿Qué me diste de comer? —preguntó.

–La verga de tu querido —contesté.

Ella se sorprendió al escucharlo, parpadeó con ganas de llorar.

–Me engañaste —le dije—, por tu culpa no cacé el primer venado.

Tocó mi hombro. No dejó de mirarme. Murmuró:

–Voy a morir, no supe ser tu mujer.

–Mi perro Maelchan es más honesto, me acompaña, me ha cuidado por años —le contesté.

Xpet Konsal ya no comió. De tanto tomar agua murió, su cuerpo regresó a la madre tierra. La verga de un hombre es caliente, salada, provoca mucha sed.



LIMA, PERÚ 1972. FOTO: PAOLO GASPARINI

### Una reflexión nahua desde la Huasteca veracruzana

# “No vamos a dejar que un mundo loco nos devore”

**Faustino Hernández Ramírez / Alfredo Zepeda**

**La palabra que voy a decir puede parecer demasiado simple, porque la vida del siglo veintiuno se ha vuelto complicada.** Ahora, la gente de los pueblos indígenas todo el tiempo se pregunta por qué suceden tantos problemas nuevos: la contaminación, el fin de la energía que mueve los motores de gasolina, la angustia por ganar salarios grandes, la prisa que enferma del estrés, la tecnología que muere como las flores de mayo para dejar el lugar a nuevos inventos por comprar. Todo el tiempo andamos persiguiendo el dinero, y tenemos que hacerlo cada uno por nuestro lado, regados por todo el país, porque ya parece que juntarnos a vivir es como perder el tiempo.

La vida con raíz, la que siempre había sido, la que mantiene vivo al pueblo náhuatl, que es mi pueblo, tiene pocos pilares, pero son pilares fuertes, como los horcones de una casa campesina. Es como decían los abuelos: el mundo es de tierra, de agua, de lumbre, de viento y de maíz, que son seres vivos como nosotros, que son nuestros padres. Con eso la gente vivió por muchos miles de años. Y Toteco, el Dios que está cerca y junto se preocupó en dar lo principal, y nos dejó la tarea de ayudarle a completar, con nuestras manos y con el machete.

Así ahora los viejos, los Tata, los Huehuentzi, todavía nos ayudan a pensar las cosas principales, con las que podemos vivir como personas verdaderas.

Lo primero que existe es una fuerza. La fuerza no es la que cada uno tiene. Ni la que tiene por su propio esfuerzo. Un náhuatl verdadero sabe que de por sí mismo no tiene ningún valor, no puede presumir de nada. No pide agradecimiento. No busca premios. La fuerza viene de adentro, como si no es de uno, sino que el único que levanta, empuja, jala es el Dios Toteco. Pero además, la fuerza no la da Toteco Toteotzin Dios a cada uno por separado, sino a todos juntos en una comunidad. Por eso, cuando alguien se separa, anda como no sabiendo a dónde, todo el tiempo se equivoca, no tiene su lugar en el mundo. Cuando hablamos de fuerza, hablamos de la comunidad. “Nama to altepe mo chicajtoc: Ahora nuestra comunidad está fuerte”, decimos. Es como un cálculo que todo el tiempo andamos pensando: la comunidad tiene fuerza, todos estamos bien. La comunidad anda floja, cada uno no anda bien.

Bien se puede decir que todavía existe esa fuerza, y a todos nos da mucho miedo que se pierda porque alrededor vemos muchos cambios que nos marean. Nosotros decimos comunidad a la que vive en el lugar donde uno nació o donde nos dieron permiso para vivir. La fuerza comunitaria se puede reconocer en el trabajo común, en el respeto, en la autoridad comunitaria y en las fiestas.

**Sin el trabajo en común no existe la comunidad**. También es así entre los pueblos oaxaqueños, que le llaman tequio, entre los otomíes de Texcatepec e Ixmiquilpan, entre los tepehuas de Pisaflores y Chintipán. En la faena todos se ayudan y sobresale la comunidad con los trabajos que está haciendo cada uno. Si

Los que se sienten dueños del mundo, los que no piden permiso para matar, convirtieron el mundo en el que hoy vemos. No se desbarató solito.

falta agua o si está sucia, por ejemplo, se hace una faena y en un día, o en medio día, se hace la limpia de los pozos y también se arreglan los caminos que llevan al pozo para que las señoras no tropiecen cuando van a traer agua.

La costumbre que nos llega de antes es que la milpa se hace rápido porque existe el gran trabajo común de la mano vuelta, que le decimos tlepanilistli. Se juntan veinte, hasta treinta en grupos diferentes para sembrar el mismo día lo de una persona y luego por orden los de las demás. Escardan, doblan, cosechan, limpian, y en el tonalmil igual para tener maíz todo el año.

La raíz está viva porque así se sigue haciendo. Decimos “hay que ir a sembrar, tenemos un terreno, hay que sembrar en común”. Se van sumando a hacer milpa y de esa milpa se comparten los elotes y luego el maíz, parejo, todavía igual que antes. Se mantiene abierta la mente para no perder el valor del pensamiento y del trabajo común. La raíz no se puede morir, porque los abuelos ahí están todavía y la gente está despertando.

Los peligros vienen de los programas del gobierno, que relaciona el pago con el trabajo que han de hacer los que reciben las migajas que reparte. Ahora la gente dice: que trabajen los que reciben Oportunidades o beca para la escuela de los niños. El trabajo común pierde fuerza por esa interferencia de los que no saben que el trabajo común es por acuerdo y no por imposición de afuera. Antes del Progresa, los trabajos de todos modos se hacían. Pudimos levantar la campana entre todos, hicimos la iglesia, hicimos la galera, hicimos la cancha entre todos y nadie nos pagaba. Esa memoria es la que tenemos. Y escuchamos que la gente dice: “por qué no lo hacemos, sin que esperemos que nadie nos pague”.

**En la fiesta se compone el mundo.** “Si solamente trabajamos y comemos es como si viviéramos dormidos”, dice Zacarías Reyes, de la comunidad de Micuá. La fiesta es mucho más de lo ve la gente que no conoce la costumbre. El 3 de mayo, en la fiesta de Santa Cruz, desde cuando se acuerda mi abuelo, viene mucha gente de Coacoaco, de San Gregorio, de Ilamatlán, de Chahuatlán, Amatepec, Xococapa, de todas la comunidades ahí cercanas. Entre mejor sale la fiesta, mejor se compone el mundo, más fuerza junta la comunidad para seguir viviendo. Son días especiales que son como una escuela para que los niños se den cuenta que lo más grande se hace entre todos.

La fiesta es también mucho trabajo, pero el trabajo y el gusto van juntos cuando se hace en la comunidad. Y no se hace sin el respeto a la gente y a la madre tierra. Si es la fiesta del elote, es agradecer los primeros frutos y es con el trabajo de todos, unos deshojando los elotes, otros vistiendo los que se ponen de ofrenda, y los niños acarreándolos desde la milpa temprano y todos coordinados por la autoridad. La fiesta se pierde cuando el diablo entra a alterar el corazón de alguno y se arma el pleito o los balazos.

La división de los partidos se alarga después de las elecciones. Los priístas tienen la costumbre de mandar. Cuando pierden, no quieren cooperar. Cuando las despensas se reparten por partido, los que no la reciben se niegan con razón a hacer la faena común. Es la división que han metido los programas de gobierno.

Las fiestas se debilitan con los partidos y las religiones. La división en la comunidad a veces es necesaria por un poco de tiempo, cuando una parte de la gente ve que hay que independizarse de los caciques priístas y otros no quieren porque están acostumbrados a vivir bajo su tiranía y su protección. Pero la división de los partidos se alarga después de las elecciones. Los priístas tienen la costumbre de mandar. Cuando pierden, no quieren cooperar.



MULTITUD, MÉXICO 1930. FOTO: AGUSTÍN JIMÉNEZ

Cuando las despensas se reparten por partido, los que no la reciben se niegan con razón a hacer la faena común. Es la división que han metido los programas de gobierno, desde el Progresa hasta el Vivir Mejor de ahora, desde el Procede hasta el Procampo. Los que no reciben, los que quedaron peleados entre sí, se apartan. Los gobiernos fingen que no dividen, pero están decididos a matar la comunidad.

**“Todo está encarrerado”, dice la gente.** Hoy se nos está viniendo el mundo encima. Llegamos a un crucero donde se empalman dos caminos: uno, el de nuestra propia historia; otro, el de un modo de vivir que desbarata todo lo común, como el huracán acaba con las parcelas.

La otra cosa que tiene mucha fuerza es el respeto. Respeto se dice en náhuatl: tlepanelistli, ti tlepanitas, que quiere decir, tienes que verlo grande, no grande de ser un abuelo. La palabra quiere decir que tú debes ver a los demás como grandes, como algo respetuoso, ya sea joven o sea niño, o niña o ya adulto. La gente está pensando que el respeto se está modificando. Se cree que por la televisión, cuando llegó la luz eléctrica. Que hasta en las caricaturas para niños muestra mucha violencia y gritos. Otros dicen que es por la carretera, que jaló a los jóvenes para otros lados.

Juanita Herández Patricio, de Amatepec, nos dijo cómo ve una mujer náhuatl los contrastes de la vida: “La gente ahora está como muy agilizada en buscar dinero. No tengo dinero, no tengo para mis chiles, para la cebolla, préstame dinero. Van a otra comunidad, consiguen, o trabajan. Van los hombres a trabajar de chalanes en Pachuca, en México y se regresan en un mes. La gente está presa por la urgencia del dinero, como que ya no vive su libertad de antes: que iba al trabajo, traía unas hierbas para su puerco, una costalilla de maíz, traía unos quelites para las guajolotas, una sandía para refrescar la tarde, y ya se ponían a tomar café. No. Ahorita tienen que llegar a las 3 porque hay una reunión de Procampo, hay una reunión de Proárbol, o la de Servicios Ambientales. La gente se va a la milpa para nomás regresar a una junta que no hubo, porque el de la Sagarpa no llegó. Y ya perdió medio día de trabajo, ni trajo leña, ni trajo café para la casa. Y no acarreó maíz porque ya se le estaba haciendo tarde para la reunión de no se qué de padres de familia, para urgir la compra de los uniformes y pago de cuotas, porque, dicen, la educación es gratuita, pero de todos modos cuesta”.

Los que se sienten dueños del mundo, los que no piden permiso para matar, convirtieron el mundo en el que hoy vemos. No se desbarató solito. Nosotros junto con la gente decimos que otro mundo es posible, porque ya sabemos como estaba, antes de que nos lo cambiaran. El mundo está al revés, patas arriba, como dice Eduardo Galeano. Lo que comemos en vez de que nos dé fuerza nos da debilidad. Dicen que antes los abuelos tenían mucha fuerza, podían levantar un tronco de encino entre dos y ahorita nosotros los chavos ya no los aguantamos porque llegó la chatarra: “que me compro una maruchan, que mastico churrumais”. Antes eran unos chiles que se

Todo el tiempo andamos persiguiendo el dinero, y tenemos que hacerlo cada uno por nuestro lado, regados por todo el país, porque ya parece que juntarnos a vivir es como perder el tiempo

daban ahí en el terreno, unos tomates chiquititos, cebollines y yuca, calabaza, camotes y caña de azúcar. El elote se comía crudo: decían los señores “este da más fuerza porque no se la han quitado; cómete este quelite para que crezcas fuerte, éste es para que no te dé la enfermedad”. Y en una milpa puede haber cuarenta clases de quelites.

**Más tormentas se avecinan**. Estamos viendo las nubes que vienen de atrás de la barranca. El PRI quiere volver a tomar fuerza, y nos dicen los gobiernos que la comunidad ya no vale. Los vientos nos empujan a trabajar al otro lado, no en común tequitl, sino para lavar carros en Nueva York o pelar pollos en Carolina.

Existe la fuerza, aunque está en riesgo de debilitarse. Ese riesgo nos hace pensar a muchos en el pueblo mexcatl que nuestra fortaleza es actuar como antes, que nuestra costumbre se debe reforzar. Nos acusan de que no estamos abiertos al progreso, que queremos refugiarnos en nuestro rincón. Pero no. Estamos haciendo doble trabajo: mantener la comunidad y el trabajo colectivo que es nuestra fuerza, y enfrentar el mundo agitado que se nos viene encima. No le tenemos miedo a las máquinas ni a las tecnologías. Estamos aprendiendo a aprovecharlas. Pero no vamos a dejar que un mundo loco nos devore.

Vemos que la comunidad no se pierde y hasta recupera fuerza ante las amenazas. La misma carestía nos dice que hay que sembrar más maíz. Los campesinos indígenas somos los que más podemos sobrevivir porque sabemos cultivar todo lo que comemos, y hasta enredar los hilos de algodón para hacer la ropa.

Casi nos da más miedo por la gente de las ciudades que no sabe lo que va hacer cuando se le acabe el dinero. El pueblo náhuatl somos y vivimos aquí desde hace mil quinientos años, juntos con los otomíes, tepehuas y tenek. Es la base de lo que llamamos resistencia. Que no es solamente esperar sin moverse. Resistencia es reflexionar, hablar, defenderse, compartir con otros lo que cada pueblo en su territorio obtiene, los de la Huasteca con los de la Sierra, aumentar lo que nos ha mantenido como pueblos fuertes.

**Faustino Hernández Ramírez** es coordinador de *Radio Huayacocotla, La Voz de los Campesinos*, radio comunitaria de la Sierra Norte de Veracruz. Una versión más extensa se publicó en la revista *Christus* 769, noviembre-diciembre de 2008, México.

# ‘La Marcha de los Zapotecas’ según los gringos del grupo Beirut

A los 21 años Zack Condon ya era una figura de culto dentro esa difusa corriente llamada indie. Con el disco *Gulag Orkestar* (2006), una joya en la oleada de música estadunidense de inspiración balcánica, nos había apantallado a varios. Después recogió los sonidos de la bohemia francesa para producir *The Flying Club Cup* (2007). ¿Hacia dónde saltaría Condon para su siguiente proyecto? A dónde más: a Teotitlán del Valle, poblado zapoteco de los Valles Centrales oaxaqueños, famoso por sus tapetes.

Sin mucho ensayar y con el apoyo de un traductor trilingüe, Condon y los integrantes de su grupo Beirut, grabaron con la Banda Jiménez material para el EP *March of the Zapotec* (Dig, 2009), que acaba de ver la luz el pasado febrero. El director Cary Fukunaga había contactado a Condon para musicalizar su película *Sin nombre,* sobre las tribulaciones de los migrantes centroamericanos en México, y le había mostrado una gran variedad de músicas mexicanas. La colaboración no se concretó, pero dejó sembrado el gusanito en Zack de la música de banda oaxaqueña. Guiados por la mamá de un integrante del grupo que da clases en la ciudad de Oaxaca, se acercaron a la Banda Jiménez y llegaron con una parafernalia de grabación que incluía una planta de luz solar, en previsión de la cambiante fuerza de la corriente eléctrica.

Sorprendidos por la cantidad de perros callejeros, el tamaño de los alacranes y la mansedumbre de los burros (a uno de ellos está dedicado el corte “My wife”) recogieron el material que mezclarían lejos de Oaxaca en un estudio de Nueva York.

A unas semanas de publicado el disco ya cuenta con una avalancha de críticas favorables. La melancolía habitual en Condon encontró eco en los tonos menores y la solemne grandiosidad de las despectivamente llamadas bandas de pueblo. El joven trompetista de Albuquerque supo montarse en esas maquinarias de música y aprovechar su carácter y sonido. “Estoy enamorado del sonido de los metales, y oír uno de estos ensambles de 19 instrumentos es impresionante. Además, es música imperfecta. A veces torpe y rara” declaró a Fernando Hernández Urías *(Día Siete, El Universal).*

Después del portentoso experimento del legendario rockero serbio-croata Goran Bregovic con las bandas de metales gitanas imaginé las posibilidades de que las bandas oaxaqueñas colaboraran con músicos de otras tendencias. Recuerdo haber regalado discos de Bregovic a gente cercana a la Banda Mixe de Tlahuitoltepec. Sólo tuve respuestas educadas: las bandas son para la fiesta, ¿para qué otra cosa? Luego vino el mismo Bregovic a México y tocó en la Plaza de Santo Domingo de la ciudad de México con una banda apoyada por el programa Instrumenta Oaxaca. Se acercaba el encuentro.

Las cosas pocas veces se dan como uno las sueña. Hoy resulta que viene un gringo, yupi de Nuevo México, que a pesar de los sustos y emociones que significa un viaje al tercer mundo, se monta en las locomotoras musicales de las comunidades oaxaqueñas y logra colocar la melancolía de los metales zapotecos en la escena indie internacional.

Dos semanas de rápidos ensayos dio *March of the Zapotec*. ¿Qué pasaría si los solemnes maestros oaxaqueños se soltaran el pelo y algún músico urbano decidiera salirse de sus caminos trillados y lograran establecer una colaboración duradera y guiada por gustos musicales lejanos al exotismo? (**Eugenio Bermejillo**)


TIJUANA 1972. FOTO: JOSÉ LUIS VENEGAS

# Campamento de desamparados en Sacramento

**David Bacon, Sacramento, California, 19 de marzo.** En una de las márgenes del río Americano en el centro de Sacramento, tienen confortables oficinas con vista a las aguas algunas fundaciones y organizaciones de medios de comunicación. En la otra orilla, se asienta junto a las vías del ferrocarril un campamento de desamparados justo al lado de una enorme planta de procesamiento de almendras de la empresa Blue Diamond. Un sendero de bicicletas y ejercicio matinal serpentea por detrás del campamento, y trepa por el puente cruzando el río. Los corredores y los ciclistas en spandex y shorts van pasando, casi sin notar a los cientos de personas que viven en tiendas de campaña y toldos de lona improvisados o que simplemente duermen en el suelo. Esta comunidad surgió como los hongos en los últimos meses conforme la crisis económica saca a la gente de sus casas y de sus empleos y los echa a la calle o, en este caso, a los campos.

Salvador Orozco, un migrante mexicano de Michoacán, duerme sobre un pedazo de cartón bajo un arbusto aledaño a las vías. Él viene de Los Ángeles, donde dice que la policía ya evacuó otro campamento de toldos con bastante gente. “En algunas áreas están cerrando los refugios de hombres solos, porque ya no hay espacio suficiente para las familias”, dice. “Más y más gente vive en sus automóviles con sus niños, y a la gente sola le están quitando su seguro de desempleo. Ser desamparados es estar en el frente de batalla”, dice Orozco.

Hombre religioso, pasa mucho del día leyendo la Biblia y algunas revistas cristianas evangelistas. “Ayer mientras leía, la policía del ferrocarril vino y me dio un boleto de tren y me dijo que me fuera. Pero adónde. Todo esto sucede por la furia que el mundo le tiene a gente como nosotros”.

Muy cerca, la figura de un esqueleto de mujer monta guardia en la cocina, a la entrada de otro asentamiento dentro del campo de estas personas sin techo. Los residentes de esta pequeña comunidad le llaman el Rancho Encasalotengo (un comentario sarcástico). El esqueleto, es una calavera típica de la cultura popular mexicana propia del Día de Muertos. La figura que adorna el campamento la hizo el artista Francisco Bernal, que duerme en una tienda ahí mismo.

En un gran campo abierto cerca del río, una mujer habla por celular. Dos amigos, Eric Williams y Kieth Keele, viven en esta sección del campamento. También Robert Burgins, un obrero discapacitado. Burgins dice que se ha lastimado varias veces, pero aún tiene suficientes beneficios de desempleo como para mantenerse unas cuantas semanas más. Sin embargo, ya no le alcanzaba para pagar la renta así que tuvo que venirse a vivir en el campamento. En su larga vida, Burgins fue albañil, mecánico automotriz y maquinista.



¿Granjas de treinta pisos de altura? Ése es el objetivo expreso de la tercera revolución verde: literal y paradójicamente, desterrar la agricultura. Industrialismo seudorevolucionario.

Las modas tecnológicas le muerden la cola a los modos que la resistencia imagina para darle la vuelta a las empresas.

Es muy reciente que los colectivos de campo y ciudad comenzaran a discutir la inescapable urgencia de sembrar en las ciudades. Todavía hace poco eso significaba, en el peor de los casos, nuevos arreglos entre productores y consumidores. Pero la imaginación creativa ya miraba compartir riesgos entre urbanos y rurales en la producción de comida para cooperativas campo-ciudad con parcelas comunitarias en terrenos barriales, lotes públicos, azoteas y traspatios.

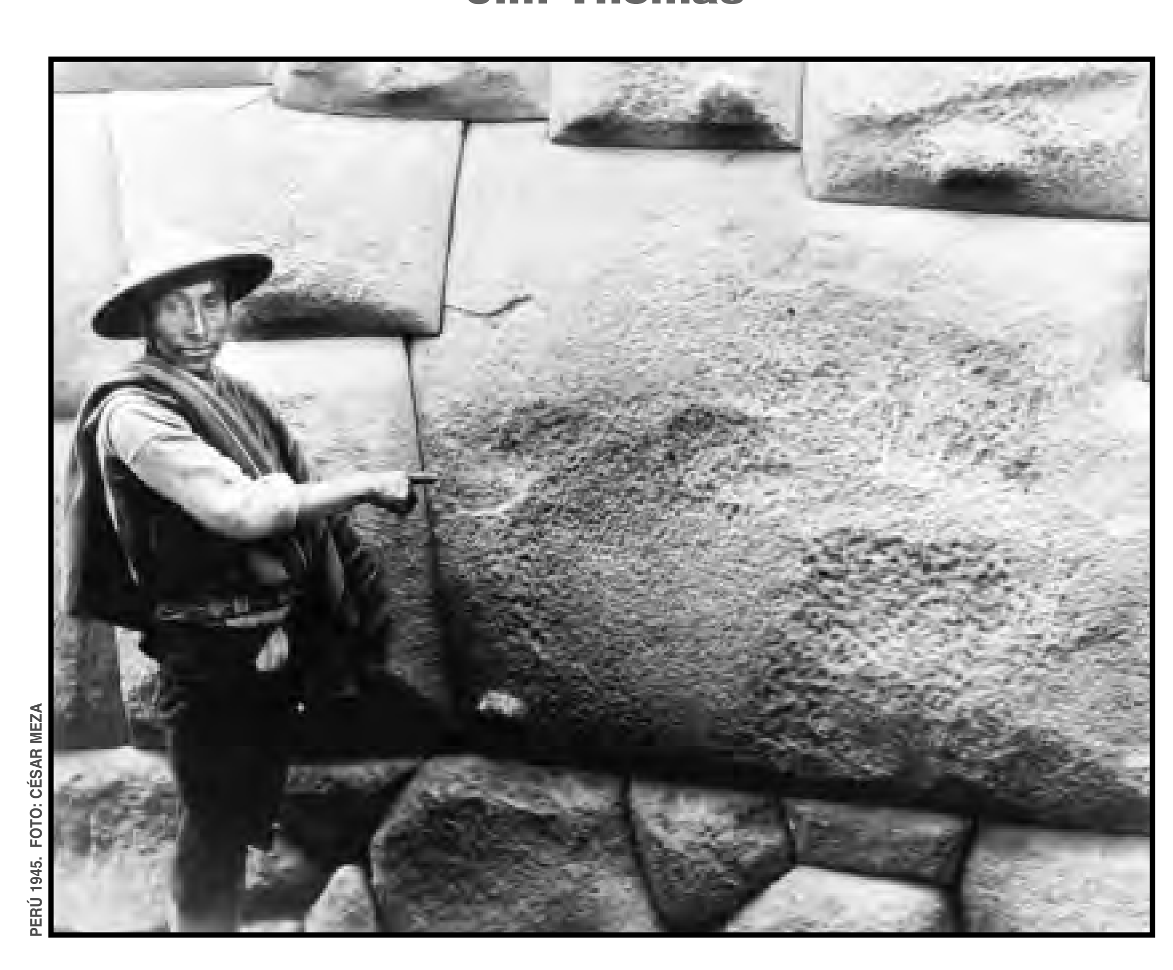
Y es que el control corporativo en toda la cadena alimentaria de la semilla al supermercado, y la cantidad de mierda de los alimentos comerciales, vuelve indispensable recuperar camellones, parques, baldíos, plazas, jardines: cultivar ahí, libres e independientes, nuestros propios alimentos, autogestionados, comunitarios, con agricultura tradicional y ecológica. Con semillas nativas, ancestrales y sin certificación.

Hoy, Jim Thomas, del Grupo ETC, nos alerta en este texto, publicado en *The Ecologist,* de los nuevos proyectos empresariales: edificios de muchos pisos dedicados a la agricultura industrial.

### TORRES DE AGRICULTURA INDUSTRIAL URBANA

# Esas “granjas rascacielos”

**Jim Thomas**


PERÚ 1945. FOTO: CÉSAR MEZA

Me gusta la agricultura urbana. Los jardines en las azoteas y las cajas con tierra en las ventanas me excitan. Los balcones llenos de frijol y tomate me dan esperanza. No obstante, “lo que viene” en la horticultura urbana me deja helado. Le llaman “agricultura vertical”. Pretenden urbanizar, en masa, la agricultura industrial. Se trata de migrar la producción de alimentos —de los suelos rurales a los rascacielos en las ciudades— construyendo granjas fabriles en interiores. Los granjeros del porvenir sueñan con altísimas torres de acero y cristal con clima controlado para producir lechugas y fresas: nuevos Jardines de Babilonia no de gratis bautizados, sin ironía alguna como “granjacielos”: “granjas rascacielos”.

Sí. Leyeron bien. Puede sonar muy aventurado levantar la agricultura de la tierra y elevarla a *penthouses* de aire acondicionado, pero hay que admitir que así nos sonó alguna vez la idea del agua embotellada, o lo de los bonos de carbono. La idea, cuyo paladín es el biólogo Dickson Despommier de la Universidad Columbia en Nueva York, comienza a ganar rabiosos seguidores, que alegan que la creciente población y la mermante tierra de cultivo nos lleva a que “la anticuada” agricultura “horizontal” no es ya sustentable. Puesto que 50 por ciento de nosotros hemos migrado a las ciudades, Despommier razona que la agricultura debe seguirnos a la urbe, reducir millas de transporte y maximizar la eficiencia. Con el cultivo de alimentos en interiores poco importarán los ciclos estacionales, el control de plagas será inmejorable, será “muy chic” y venderá mucho la idea de una comida local. Despommier alega que un rascacielos agrícola de 30 pisos, del tamaño de una manzana citadina, puede alimentar a 50 mil urbanitas hambrientos.

Husmear en los diseños arquitectónicos de los “granjacielos”, es asomarse al estilerismo de la tecnología puntera. Finos vapores de nutrientes se rocían mediante dispositivos robóticos a bolsas colgantes de lechugas en bandas transportadoras. Ahí, las hojitas son expuestas a dosis precisas de luz y sodio. El agua es tratada en estanques de carpas tilapias. Los pollos de granja, para las rosticerías, defecan una composta productora del metano que brinda energía. Despommier insiste que las tecnologías necesarias para cultivar por encima del nivel de la calle ya existen desde hace tiempo, gracias a los invernaderos comerciales, a los programas para poner hombres en el espacio sideral y a las legiones de cultivadores furtivos de cannabis que han rendido enormes cosechas hidropónicas por décadas.

Despommier ha estado trabajando con el gigante de la construcción, Arup, para promover agricultura vertical en Dongan, la nueva “eco-ciudad” cerca de Shangai. Incheon en Corea del Sur y Masdar en Dubai son ya nuevos competidores verticales de Toronto, Portland, Seattle y Chicago. “Vivimos una época excitante… la tercera revolución verde”, dice Despommier.

Y justo ahí está la razón por la que la agricultura vertical no encaja en la honorable tradición de las cajas de tierra en las ventanas ni con el activismo agrícola. Al invocar la revolución verde, Despommier despliega su bandera sobre su mástil de 30 pisos. ¿Recuerdan la primera revolución verde que destruyó los suelos y maniató con deudas a los campesinos con paquetes tecnológicos de semillas híbridas, plaguicidas y fertilizantes químicos? Y en curso está la segunda revolución verde, esa agricultura genética de patente. (Cuando le preguntaron quién desarrollaría las variedades para su revolución de altura, cuentan que Despommier sugirió que Monsanto sería el socio ideal.) Ambas “revoluciones verdes” impulsaron tecnologías que desplazan la agricultura campesina y expulsan de su tierra a comunidades enteras. Las “granjas rascacielos” perfeccionan el ciclo de los despojados, al “liberar” el campo para los nuevos intereses coloniales como la siembra de combustibles agroindustriales y el comercio del carbono. Cuando se le preguntó qué pasaría con los campesinos que se queden en sus tierras, Despommier le dijo a la revista *Wired:* “Les pagaremos por cuidar árboles. Los haremos granjeros del carbono”.

Y no sólo amenaza con desterrar los cultivos del norte. “Llevemos la agricultura interior a lugares donde realmente la necesitan”, chacotea, “vámonos a Darfur. Vamos a Mali. A Myanmar. Ahí no tienen comida, no hay agua, no hay nada”. ¿De veras? Que Despommier piense que Mali (un país que gracias a su agricultura tradicional es con frecuencia autosuficiente en alimentos y que cuenta con el tercer río más grande de África), es un sitio donde “no hay comida, ni agua, ni nada” es una ominosa advertencia. A nadie le importa que desde su torre de cristal un “visionario hi-tech” pierda contacto con la tierra firme de la agricultura campesina. Pero sí preocupa que haya alguien con dinero y poder suficiente para promover su trasnochada visión vertical. Alguien que ya vive en un rascacielos.

*Traducción: Ramón Vera Herrera*

# La visión de León-Portilla

Pocos libros han tenido en la conciencia nacional la importancia historiográfica y educativa de *La visión de los vencidos*, publicada por primera vez en 1959, hace 50 años. En los años posteriores a su publicación fue devolviendo a los mexicanos la certidumbre de que la historia de los pueblos indios *también* era su historia. Que los antepasados mexicas (y por extensión todos los pueblos "conquistados" por la Corona española) sufrieron una agresión atroz, que la resistieron, y que contra toda hipótesis del cristianismo aquel, tenían el alma tan humana como el que más. Y que la versión de los vencidos se continuaba en el presente, aunque nadie escuchara.

Clave literaria de los años 60, la popular recopilación de los cantares y códices mexicanos realizada por Miguel León-Portilla alimentó a los poetas que quisieron aproximarse a la nueva matanza de Tlatelolco en 1968 (Octavio Paz, Rosario Castellanos y José Emilio Pacheco, entre otros). Pero sobre todo, llegó a las escuelas, a las nuevas generaciones. A los pueblos indígenas, que ahí seguían, les dio un espejo en el cual supieron reconocerse. Recordaron.

La labor lingüística, histórica más que arqueológica, de traducción y sistematización de León-Portilla ha llegado a ser tan vasta en buena parte de sus cuarenta libros, que superpone siempre nuevas versiones a las anteriores (suyas y de otros, como Ángel María Garibay K.) de los "textos" nahuas a los que ha dedicado su devoción y sus astucias.

Ante una obra con tantos vasos comunicantes es difícil encontrar una *summa* que le haga justicia, pero al menos en términos literarios ésta podría ser ***La tinta negra y roja, antología de poesía náhuatl*,** volúmen ilustrado muy al tiro por el gran artista Vicente Rojo y en selección del propio León-Portilla con los poetas Coral Bracho y Marcelo Uribe (Ediciones Era, El Colegio Nacional y Galaxia Gutemberg, México, 2008, 381 pp.).

Como alertan los editores en su presentación, "el mundo náhuatl no participa de la noción de poema tal como se concibe en Occidente". La selección, amplia al menos en términos poéticos, consiste en flamantes versiones, pues León-Portilla traduce los "textos" cada que llega a códices, manuscritos o trascripciones de los misioneros, y los comienza y termina en distintos puntos o con diferentes énfasis, cristales que son espejos, fragmentos coloridos de un universo que ya no es posible ver de cuerpo entero.

***La tinta negra y roja*** remite a la escritura pintada de aquellos mexicanos. Registra cantos de privación y de primavera, de cosquilleo, amistad, flor y canto, las guerras, lo sagrado, y también los retratos de artistas y sabios a quienes los mexicas respetuosamente llamaban "toltecas". De entre ellos traemos esta página como una carta de lotería: ¡el narrador!

EL QUIJOTE DE LA FAROLA. PLAZA DE LA REVOLUCIÓN. CUBA 1959. FOTO: KORDA

## In tlaquetzqui

Tlaquetzqui:
ahuile, camanale, tentlamache,
tentotecatl, camatoltecatl.

In cualli tlaquetzqui:
tlatoluelic, tlatolahuiyac,
tenxochitl.
Zazanilatlatole,
yectlatole,
camaxochihua, xochitl.
Huelic, ahuiyac itlatol,
tecpillatole, yamancatlatole.

In amo cualli tlaquetzqui:
tlatolchochopoc,
tlatolcampax;
tencuappol, tencuahuitl.
Tlahellaquetza, tlahellatoa,
ahuillatoa,
amo mamauhti.

## El que pone las cosas en alto

El narrador:
donairoso, dice las cosas con gracia,
artista del labio y la boca.

El buen narrador:
de palabras gustosas, de palabras alegres,
flores tiene en sus labios.
En su discurso las consejas abundan,
la palabra correcta,
brotan flores de su boca.
Su discurso: gustoso y alegre como las flores;
de él es el leguaje noble y la expresión cuidadosa.

El mal narrador:
lenguaje descompuesto,
atropella las palabras;
labio comido, mal hablado.
Narra cosas sin tino, las describe,
dice palabras vanas,
no tiene vergüenza.

**De los informantes de Fray Bernardino de Sahagún**

página final

UNA REFLEXIÓN NAHUA DESDE LA HUASTECA VERACRUZANA

# nos a dejar que un mundo loco nos devore”

**Faustino Hernández Ramírez / Alfredo Zepeda**

Reyes, de la comunidad de Micuá. La fiesta es mucho más de lo ve la gente que no conoce la costumbre. El 3 de mayo, en la fiesta de Santa Cruz, desde cuando se acuerda mi abuelo, viene mucha gente de Coacoaco, de San Gregorio, de Ilamatlán, de Chahuatlán, Amatepec, Xococapa, de todas la comunidades ahí cercanas. Entre mejor sale la fiesta, mejor se compone el mundo, más fuerza junta la comunidad para seguir viviendo. Son días especiales que son como una escuela para que los niños se den cuenta que lo más grande se hace entre todos.

La fiesta es también mucho trabajo, pero el trabajo y el gusto van juntos cuando se hace en la comunidad. Y no se hace sin el respeto a la gente y a la madre tierra. Si es la fiesta del elote, es agradecer los primeros frutos y es con el trabajo de todos, unos deshojando los elotes, otros vistiendo los que se ponen de ofrenda, y los niños acarreándolos desde la milpa temprano y todos coordinados por la autoridad. La fiesta se pierde cuando el diablo entra a alterar el corazón de alguno y se arma el pleito o los balazos.

**La división de los partidos se alarga después de las elecciones. Los priístas tienen la costumbre de mandar. Cuando pierden, no quieren cooperar. Cuando las despensas se reparten por partido, los que no la reciben se niegan con razón a hacer la faena común. Es la división que han metido los programas de gobierno.**

Las fiestas se debilitan con los partidos y las religiones. La división en la comunidad a veces es necesaria por un poco de tiempo, cuando una parte de la gente ve que hay que independizarse de los caciques priístas y otros no quieren porque están acostumbrados a vivir bajo su tiranía y su protección. Pero la división de los partidos se alarga después de las elecciones. Los priístas tienen la costumbre de mandar. Cuando pierden, no quieren cooperar.



MULTITUD, MÉXICO 1930. FOTO: AGUSTÍN JIMÉNEZ

Cuando las despensas se reparten por partido, los que no la reciben se niegan con razón a hacer la faena común. Es la división que han metido los programas de gobierno, desde el Progresa hasta el Vivir Mejor de ahora, desde el Procede hasta el Procampo. Los que no reciben, los que quedaron peleados entre sí, se apartan. Los gobiernos fingen que no dividen, pero están decididos a matar la comunidad.

**“Todo está encarrerado”, dice la gente.** Hoy se nos está viniendo el mundo encima. Llegamos a un crucero donde se empalman dos caminos: uno, el de nuestra propia historia; otro, el de un modo de vivir que desbarata todo lo común, como el huracán acaba con las parcelas.

La otra cosa que tiene mucha fuerza es el respeto. Respeto se dice en náhuatl: tlepanelistli, ti tlepanitas, que quiere decir, tienes que verlo grande, no grande de ser un abuelo. La palabra quiere decir que tú debes ver a los demás como grandes, como algo respetuoso, ya sea joven o sea niño, o niña o ya adulto. La gente está pensando que el respeto se está modificando. Se cree que por la televisión, cuando llegó la luz eléctrica. Que hasta en las caricaturas para niños muestra mucha violencia y gritos. Otros dicen que es por la carretera, que jaló a los jóvenes para otros lados.

Juanita Herández Patricio, de Amatepec, nos dijo cómo ve una mujer náhuatl los contrastes de la vida: “La gente ahora está como muy agilizada en buscar dinero. No tengo dinero, no tengo para mis chiles, para la cebolla, préstame dinero. Van a otra comunidad, consiguen, o trabajan. Van los hombres a trabajar de chalanes en Pachuca, en México y se regresan en un mes. La gente está presa por la urgencia del dinero, como que ya no vive su libertad de antes: que iba al trabajo, traía unas hierbas para su puerco, una costalilla de maíz, traía unos quelites para las guajolotas, una sandía para refrescar la tarde, y ya se ponían a tomar café. No. Ahorita tienen que llegar a las 3 porque hay una reunión de Procampo, hay una reunión de Proárbol, o la de Servicios Ambientales. La gente se va a la milpa para nomás regresar a una junta que no hubo, porque el de la Sagarpa no llegó. Y ya perdió medio día de trabajo, ni trajo leña, ni trajo café para la casa. Y no acarreó maíz porque ya se le estaba haciendo tarde para la reunión de no se qué de padres de familia, para urgir la compra de los uniformes y pago de cuotas, porque, dicen, la educación es gratuita, pero de todos modos cuesta”.

Los que se sienten dueños del mundo, los que no piden permiso para matar, convirtieron el mundo en el que hoy vemos. No se desbarató solito. Nosotros junto con la gente decimos que otro mundo es posible, porque ya sabemos como estaba, antes de que nos lo cambiaran. El mundo está al revés, patas arriba, como dice Eduardo Galeano. Lo que comemos en vez de que nos dé fuerza nos da debilidad. Dicen que antes los abuelos tenían mucha fuerza, podían levantar un tronco de encino entre dos y ahorita nosotros los chavos ya no los aguantamos porque llegó la chatarra: “que me compro una maruchan, que mastico churrumais”. Antes eran unos chiles que se daban ahí en el terreno, unos tomates chiquititos, cebollines y yuca, calabaza, camotes y caña de azúcar. El elote se comía crudo: decían los señores “este da más fuerza porque no se la han quitado; cómete este quelite para que crezcas fuerte, éste es para que no te dé la enfermedad”. Y en una milpa puede haber cuarenta clases de quelites.

**Más tormentas se avecinan**. Estamos viendo las nubes que vienen de atrás de la barranca. El PRI quiere volver a tomar fuerza, y nos dicen los gobiernos que la comunidad ya no vale. Los vientos nos empujan a trabajar al otro lado, no en común tequitl, sino para lavar carros en Nueva York o pelar pollos en Carolina.

Existe la fuerza, aunque está en riesgo de debilitarse. Ese riesgo nos hace pensar a muchos en el pueblo mexcatl que nuestra fortaleza es actuar como antes, que nuestra costumbre se debe reforzar. Nos acusan de que no estamos abiertos al progreso, que queremos refugiarnos en nuestro rincón. Pero no. Estamos haciendo doble trabajo: mantener la comunidad y el trabajo colectivo que es nuestra fuerza, y enfrentar el mundo agitado que se nos viene encima. No le tenemos miedo a las máquinas ni a las tecnologías. Estamos aprendiendo a aprovecharlas. Pero no vamos a dejar que un mundo loco nos devore.

Vemos que la comunidad no se pierde y hasta recupera fuerza ante las amenazas. La misma carestía nos dice que hay que sembrar más maíz. Los campesinos indígenas somos los que más podemos sobrevivir porque sabemos cultivar todo lo que comemos, y hasta enredar los hilos de algodón para hacer la ropa.

Casi nos da más miedo por la gente de las ciudades que no sabe lo que va hacer cuando se le acabe el dinero. El pueblo náhuatl somos y vivimos aquí desde hace mil quinientos años, juntos con los otomíes, tepehuas y tenek. Es la base de lo que llamamos resistencia. Que no es solamente esperar sin moverse. Resistencia es reflexionar, hablar, defenderse, compartir con otros lo que cada pueblo en su territorio obtiene, los de la Huasteca con los de la Sierra, aumentar lo que nos ha mantenido como pueblos fuertes.

**Faustino Hernández Ramírez** es coordinador de *Radio Huayacocotla, La Voz de los Campesinos*, radio comunitaria de la Sierra Norte de Veracruz. Una versión más extensa se publicó en la revista *Christus* 769, noviembre-diciembre de 2008, México.